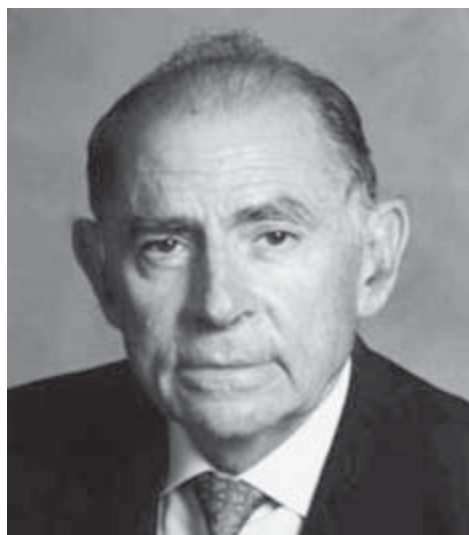


Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo. Señor Don Domingo Espinós Pérez



El Excmo. Señor Don Domingo Espinós Pérez nació el día 25 de diciembre de 1932 en Alcoy (Alicante). Tomó posesión como Académico de Número el día 17 de octubre de 1985, de la Medalla número 13. Falleció el día 15 de octubre de 2004. La Sesión Necrológica se celebró el día 7 de abril de 2005, participando los Excmos. Señores Académicos Don Guillermo Tena Núñez, Don Juan Jiménez Collado, Don Manuel Domínguez Carmona, Doña Ana M.^a Pascual-Leone Pascual, Doña M.^a Carmen Fráncés Causapé y Doña M.^a Teresa Jiménez Sierra, viuda de Don Domingo Espinós. Fue presidida por el Excmo. Señor Don Juan Manuel Reol Tejada, Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia, quién clausuró el acto con unas sentidas y emotivas palabras.

Perfil humano de Domingo Espinós

GUILLERMO TENA NÚÑEZ

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

El Doctor Espinós ofrecía la tranquilidad y la paz necesarias para resolver dificultades y aunque era un hombre de los que más medicina sabía en España, ayudaba a resolver los problemas médicos y los no médicos.

A Domingo le apasionaba el ser humano y quería al hombre, por la pasión cristiana que sentía por la humanidad, siendo de destacar su gran preocupación por los pueblos del tercer mundo.

Domingo Espinós tenía una gran cultura, no sólo médica sino de los temas más variados que se pudieran presentar, especialmente la pintura.

El Doctor Espinós tenía una sensibilidad especial para sus pacientes y así se puede entender como pudo tratar a Dalí como paciente, con las dificultades que presentaba en su trato con los médicos y siendo un enfermo agresivo.

Domingo mantuvo una entrevista con el Papa, que refleja la personalidad que irradiaba el profesor Espinós.

Se comenta la posibilidad de iniciar el proceso de beatificación de Domingo Espinós, ya que según se van conociendo las circunstancias de Domingo, se ve que aparece siempre Jesucristo como centro de su vida y se da uno cuenta que Dios le tenía destinado un lugar especial.

La dedicación a la medicina del Doctor Espinós era absoluta y salvó la vida de muchos enfermos, entre ellos el que escribe este resumen, por lo que agradezco a la Real Academia Nacional de Farmacia el haberme concedido el honor de hablar del Doctor Espinós y de su intachable vida en esta sesión en su recuerdo.

Domingo Espinós, su faceta humana e impronta universitaria

JUAN JIMÉNEZ COLLADO

Académico Secretario de la Real Academia Nacional de Medicina

Excmo. Señor Presidente, Excmo. Señores Académicos, Señoras y Señores:

La Mesa del Instituto de España en su Sesión de fecha 11 de noviembre pasado acordó mi intervención en esta Sección Necrológica como miembro-representante de la misma y de la que el Profesor Espinós fue su Vicepresidente Primero, encargo que asumo como un honor aunque con profunda tristeza por cuanto la amistad labrada desde tiempo y en modo especial e intenso en estos últimos veinte años, me llevó a conocer en profundidad a una persona con una formación y compromiso cristiano ejemplar, pleno de bondad, con especial sensibilidad para darse a los demás con amor y entrega sin reservas, modelos de vida que le hizo ganarse, mirando siempre de frente, el cariño y confianza de los que le rodearon. Alumbró al igual que una llama que para sus amigos y para quienes le conocieron, seguirá siempre brillando en nuestros corazones.

Su trayectoria universitaria fue modélica. Inicia y finaliza sus estudios en la Facultad de Medicina de Valencia, años 1949-55, con un magnífico expediente académico: 26 matrículas de honor y Premio Extraordinario en la Licenciatura, mención esta que conlleva la asistencia a los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. A su regreso se incorpora al grupo de jóvenes

que con ejemplar magisterio va estructurando el Profesor Gilsanz, su maestro en la Cátedra de Patología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, en donde va adquiriendo y desarrollando su formación universitaria, primero como Médico Interno por oposición para seguidamente y también por oposición, la plaza de Profesor Adjunto. Para Domingo, la fidelidad a su proyecto fue siempre la respuesta adecuada al compromiso asumido, ya que la interpretó como actitud creativa que contribuye eficazmente en la adquisición de un carácter de autenticidad. Al mantenerse fiel a este ámbito creador, trasladó, impregnó a su personalidad de una peculiar firmeza, validez propia que no son pilares rígidos sino campos de realidad que se edifican y comprometen a través de la actividad creadora. Este deber, asumido y convertido en voz interior, fue su fuente de libertad, con tanta mayor firmeza cuanto más alto fue el compromiso.

La formación universitaria, tan esencial y afortunadamente exigible, fue para él una forma de ser mucho más que de tener; no se reduce a una acumulación de saberes inconexos, sino que es en sí mismo un sistema de valores, una actitud ante la vida. Domingo se forjó en este ideal, supo valorar que lo esencial no es quedarse sólo en las raíces por muy profundas y vigorosas que fueran; salir de la casa propia para buscar e intercambiar enseñanzas es obligado, pues una formación y modelaje endogámico, acaba convirtiéndose en una cómoda e ineficaz actitud en donde la crítica se soslaya y el juicio personal se embota. En una primera etapa se desplaza a Cardiff con el Profesor Gough, después a Edimburgo con los Profesores Davidson y Girwood, y en un segundo periodo con el Profesor Douglas también en Cardiff, después a París con los Profesores Bernard y Mathe y a Londres con el Profesor Dacie, en donde inicia y se consolida en lo que años después será su fundamental línea de investigación, pionera en la Universidad española, orientación hematológica que en esencia suponía una ampliación y no desviación del Internista.

Ya de vuelta en 1971, gana por oposición la Cátedra de Patología Médica de la Facultad de Medicina de Santiago, oposición, sistema para algunos desconocedores o mejor, deseosos de desconocer que gracias a él, la Universidad tuvo la fortuna de escoger y sentar en sus Cátedras a grandes maestros.

Precisamente el día 2 de febrero del pasado año, apenas 70 horas antes de su desgraciado accidente, y como consecuencia de haberme yo retirado de una Comisión —ya no se llaman Tribunales—, en la que estábamos juzgando dos Cátedras por el sistema —peculiar sistema—, de habilitación, comentamos en casa el cambio involutivo sufrido y como aquellas pruebas hoy dolorosamente suplantadas, servían para contrastar el oro puro y diferenciado de falsas y engañosas aleaciones.

En Santiago de Compostela realiza una espléndida labor; no obstante al quedar vacante la Cátedra de Patología Médica de Universidad Complutense por fallecimiento del Profesor Jiménez Díaz, realiza una nueva y brillantísima oposición que gana con plena autoridad, año 1975, Cátedra en la que desarrolla hasta su fallecimiento una labor clínica, asistencial e investigadora extraordinaria, de gran nivel científico con una impronta y personalidad que atrae y compromete a una pléyade de jóvenes profesores con los que revitaliza, crea y orienta nuevos interrogantes, articulándolos siempre bajo su personal y continua dirección.

Porque nadie puede conformarse con seguir las huellas de los que nos precedieron; la vida es un continuo proceso de innovación, la vida hay que hacerla configurando nuevos proyectos, nuevos hechos, nuevas realidades. Domingo fue un buen discípulo de excelentes maestros que pronto se convirtió en maestro para al igual que aquellos que trataron de superar sus fuentes, crean caudal propio: ser maestro de sus discípulos y discípulo de sus discípulos que hoy se sienten orgullosos de su maestro.

Desde la reflexión médica, hoy aceptamos como por ejemplo las bases somáticas del enfermar, no se contemplan solo desde un punto de vista anatomopatológico como ocurría en tiempos de Morgagni, Virchow o Charcot, o fisiopatológico como lo interpretó Von Bergman, sino que se ha llegado a una visión a nivel biomolecular inspirada por la moderna bioquímica y genética, desarrollándose conceptos como los de errores congénitos del metabolismo. Otro afortunado hecho es la creciente progresión de la especialización y aún de la superespecialización, pero junto con ello, también y siempre la del trabajo en equipo y la aparición y desarrollo de áreas de convergencia entre diferentes especializaciones, que vienen así a fecundar en ellas, sus interrelaciones y eficacia.

Domingo no sólo asume este criterio, sino que lo elabora con minuciosidad, con detalles precisos y estables. Su dogma científico lo basa en definir como buen médico aquel para quien la enfermedad es siempre vida humana; sus trabajos científicos no serán valorables si olvidan que el saber es armonía y que detrás de cada fórmula, de cada cifra, de cada descubrimiento, respira la historia y los hombres en ella.

Fruto de esta dedicación, de este trabajo y de su capacitación para así desarrollarlo, son los éxitos logrados, entre los que más apreciaba y de los que más orgulloso se sentía, era el ser Académico de Número de las Reales Academias Nacionales de Farmacia, en la que ingresó en 1985 y Nacional de Medicina, un año después, en las que siempre intervino y colaboró con vocación, trabajo, total entrega y firme compromiso.

Además, lo puedo y debo decir con pleno conocimiento, Domingo Espinós vivió y disfrutó de la Universidad en toda su profundidad.

Tuvo siempre una actitud bondadosa, virtud que le otorgaba una postura acorde a su vocación y misión, que labró configurando su manera de ser de modo abierto y generoso, creando vínculos estables y comprometidos en el hoy y en el mañana, sabedor a la vez que esta experiencia había que realizarla con vocación de ayuda, de comprender aunque no siempre de justificar, de tender la mano abierta, nunca desde una posición prepotente que no responde y justifica la complejidad que la vida labra en circunstancias determinadas por mil elementos cambiantes.

No vale pasar por este mundo sin dejar una huella de amor y de generosidad; para muchos, mantener la estabilidad por encima de días felices y días tristes, de cumplir fielmente los compromisos contraídos, de vivir intensamente las tareas diarias, es simple rutina. Para Domingo Espinós era finalidad y deber y valor.

Corre el tiempo; en nombre de la Mesa del Instituto de España, de la Real Academia Nacional de Medicina y en el mío propio, manifiesto el más hondo pesar por la irreparable pérdida del Profesor Doctor Don Domingo Espinós Pérez; nos sentimos orgullosos de haber convivido y disfrutado de su presencia, amistad y ejemplo; elevamos al Dios Todopoderoso junto a Mari Tere y sus hijos nuestras oraciones para su eterno descanso.

He dicho.

Domingo Espinós, docente e investigador

MANUEL DOMÍNGUEZ CARMONA

Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Excmo. Señor Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia Doctor Reol Tejada, Excmo. Señor Presidente Honorario Profesor Santos Ruiz, Excma. Secretaria de la Academia Profesora Francés, Excma. Señora María Teresa Jiménez, viuda de Espinós, hijos y nietos del Profesor Espinós, Excmos. e Illmos. Señoras y Señores Académicos, Señoras y Señores.

Inicio mi participación en el homenaje que todos rendimos hoy al Profesor Espinós con un párrafo de gratitud, hacia quienes han hecho posible que presente ante ustedes la figura excepcional del Profesor Espinós. En primer lugar, a la Junta de Gobierno que me confió este encargo a la par honroso y triste ya que debo recordar a la Academia, es decir, volver a pasar por nuestro corazón, a la persona de un gran maestro de la Medicina española, de un extraordinario Académico y un entrañable amigo de todos nosotros. Es muy probable que la Junta haya tenido en cuenta la amistad, que como a todos nosotros, me unía al Profesor Espinós, con el añadido de la amistad familiar con la que me distinguía. En segundo lugar mi gratitud se dirige al propio Profesor Espinós, quién en unión de los Doctores Doadrio López y Portolés, hizo la reglamentaria propuesta en mi favor, para ocupar una vacante de Académico de Número. Yo tengo una gran relación familiar con la Farmacia, un hijo, una cuñada y tres sobrinos farmacéuticos, y había desarrollado la docencia durante diez años, primero en el entrañable Fonseca y luego en la nueva Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela y posterior-

mente formé parte del Claustro de la Facultad Complutense bajo la dirección del Decano Profesor Doadrio durante cuatro años, hasta que la LRU, que tantas buenas cosas no hizo, legal, aunque creo que ilegítimamente, cortó esta tarea vocacional, pero no podía soñar con que algún día llegara a formar parte de esta Real Academia Nacional de Farmacia hasta que Espinos, Doadrio López y Portolés hicieron la propuesta.

Sabía de Domingo por su padre, el Profesor Domingo Espinós Gisbert, que explicaba Anatomía Patológica en la Facultad de Medicina de Valencia, Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Valencia y acreditado médico del prestigioso Cuerpo de Sanidad Nacional, que naturalmente prácticamente ha desaparecido aunque la salud pública se aviene mal con encajonamientos autonómicos; en nuestros encuentros en los Tribunales para Diplomados de Sanidad que dirigía en Valencia me hablaba con legítimo orgullo de su hijo Domingo, cariño y orgullo que Espinós hijo tenía hacia su padre. Ya en Santiago se inició nuestra amistad personal que se extendió a nuestras familias. Deseo reconocer aquí no solo los méritos Académicos de aquella Universidad, sino el clima que propiciaba la irradiación de amistad de los que nos incorporábamos a ella. Muy pronto ganó por brillante oposición en competencia con magníficos Catedráticos, la Cátedra que había regido el Profesor Jiménez Díaz. En Madrid continuó nuestra amistad consolidada con nuestras reuniones familiares y en las Reales Academias a las que pertenecía; sin embargo lo apretado de la agenda cotidiana de Domingo nos acortaba mucho el tiempo del que podíamos disponer. Antes los hombres se relacionaban en las ágoras, en los casinos y las tabernas y en el XVII y XVIII en la afrancesada Europa en los cenáculos y en los mentideros. En el XIX y hasta la Guerra Civil había tertulias, recordemos a Cajal, en donde los amigos, los compañeros intercambian saberes, conocimientos y sentimientos. Hoy el mundo de la comunicación nos proporciona conocimientos en exceso pero sin comunicación intelectual y afectiva que yo conseguía a menudo en el BMW del Profesor Espinós cuando le acompañaba para poder gozar de su compañía y de su conversación al terminar nuestras sesiones de los jueves en el breve trayecto de la Academias al Corte Inglés, en donde nos despedíamos. Por esa amistad que Domingo me otorgaba mi reconocimiento y gratitud. Esas conversaciones se en-

riquecían con algunas cenas familiares, en unión de alguno de los múltiples amigos del matrimonio Espinós, en las que compartíamos con nuestras mujeres nuestras ideas y nuestras ilusiones.

Es muy difícil solidificar en palabras la esencia de una persona. Domingo era médico; la Medicina, como la Farmacia, no es una ciencia; ambas son más que ciencia, pues utilizan esta para sus fines que básicamente son prevenir, curar y siempre ayudar al hombre. Trataba enfermos, es decir, personas dolientes, a los que se entregaba de forma total, lo que es mucho más difícil que tratar enfermedades; una cosa es bajar la tensión arterial de un hipertenso y otra mucho más importante, tratar a un hipertenso y Espinós conseguía lo uno y lo otro; yo que apenas he ejercido la clínica me he sentido siempre admirado de los que como Espinós tenían el don del sentido clínico y me he preguntado si era genético o adquirido por el trabajo y el estudio. El Profesor Espinós irradiaba confianza. La confianza es una virtud que acompaña a la amistad y a la vida social, pero que adquiere mayor trascendencia en el caso de Domingo pues el quehacer médico es lo que Marañón definió como una confianza en búsqueda de una conciencia. Espinós tenía ambas y de ello nos hemos aprovechado casi todos nosotros, haciendo cargar a Domingo con la responsabilidad de atender a nuestros problemas de salud, y solicitando su opinión respecto a múltiples asuntos en los que Espinós aclaraba nuestra postura. Trabajador incansable, sabía escuchar sin prisas, veía al enfermo como hombre no dejando que se interpusiera la técnica en este trascendental diálogo del médico con su paciente.

Domingo fue el médico de Mercedes, de mi mujer, a la que atendió silenciosa y solícitamente; nunca olvidaré la sonrisa que iluminaba la doliente cara de mi mujer, consciente de lo irremisible de su enfermedad, cuando Domingo la visitaba, sonrisa que sólo apareció cuando le comunicó mi hijo el embarazo de su primer nieto y cuando la visitaba Domingo. Pero a que viene a insistir, en esto si la gran mayoría de nosotros tenemos esa deuda de gratitud para el Doctor Espinós, al cual hay que reconocerlo con sentimiento de culpa, lo hemos sobrecargado, con nuestras consultas, no sólo médicas sino referentes a todo lo que requería su buen consejo. Con Espinós la Academia y los Académicos hemos perdido a nuestro médico de cabecera.

Domingo ha disfrutado en su vida de dos tesoros; la familia de la que procedía y la que él formó con Maria Teresa de quien se mostraba admirador y enamorado.

Nosotros los Académicos, hemos sin duda alguna trabajado, estudiado y luchado, es decir, resistido, pero que hubiéramos sido muchos de nosotros sin la presencia en nuestras vidas constante protectora y cariñosa, de nuestras mujeres o en el caso de nuestras queridas Académicas de sus respectivos maridos.

Deseo destacar la libertad con la que el Profesor Espinós desarrolló la aventura de su vida y con la que obtuvo sus merecidos éxitos. La libertad personal apoyada en la razón, nos libera de las ataduras de nuestro yo, haciéndonos independientes respecto a nuestras propias inclinaciones, deseos, impulsos y hasta tentaciones, liberándonos así del fácil determinismo de la naturaleza humana, pero también resistiendo a las fuertes presiones de todo tipo que Espinós pudo superar gracias a su rectitud y a su alto valor moral.

En la biografía de un hombre no se puede hurtar la muerte, esta inseparable compañera que nos desgarrá cruelmente al separarnos de los que amamos, pero esa misma cruel muerte hace digna la vida del hombre. Hoy sabemos que la resurrección es completa, que lo permanente del ser humano no es un ectoplasma, un ser fantasmal o un alma platónica, sino un hombre completo y quiero creer con sus necesidades (Jesucristo resucitado comió con sus discípulos). Domingo, como escribió Luis Vives, «murió sabiendo cuándo se puede encontrar la paz, la frágil paz de este mundo seguro de hallar en el otro la que no se acaba». Durante su enfermedad he sentido tras su mirada cariñosa, serena, penetrante, algo irónica, propia del que ya está por encima de nosotros, un mundo de confidencias y de sentimientos.

El encargo que me confió la Junta de Gobierno se concreta en glosar la faceta investigadora y docente del Doctor Espinós, importante actividad, pero mucho me hubiera gustado hablar de su insoportable conducta, de su inteligencia, constancia y laboriosidad que le hacía trabajar asiduamente, sin descanso, y sobre todo de su bondad, «antes que el tiempo muriera en nuestras manos», como dice la Epístola Moral. Igualmente debería destacar su defensa numantina de lo que consideraba que debían ser las Cátedras de Medicina Interna, la del carácter universitario de los Hospitales Clínicos, del

prestigio de los profesores universitarios, deteriorado por los que desean, como buitres, nutrirse con sus restos o la defensa de su idea de España, no coincidente con muchas de las que ramplonamente se nos presentan a diario, o de su entrega constante a su familia y, por último, del enraizamiento de Dios en su vida. Todo esto no es docencia, nada de esto es investigación, pero tanto una como otra se basan en aquellos modos de ser y de hacer.

Espinós investigador

La Ciencia es la búsqueda, el servicio apasionado a la verdad y, para ser más justo, de la verdad científica, la «diakonía de la verdad» de los griegos, y aunque Heidegger consideró en «Sein un Zeit» que la verdad era un robo, para mí es el trasunto de la realidad, que como el aceite sale a la superficie. La Ciencia se hace mediante la observación de los fenómenos que se nos presentan espontáneamente o provocándolos mediante la experimentación; no cabe duda que Espinós hizo Ciencia y como médico nada humano le era ajeno. El ámbito científico del Profesor Espinós era la enfermedad que, como dijo Claude Bernard, «es un experimento no provocado que la naturaleza humana trae a nuestra consideración por azar en un momento dado». Así la veía Espinós como científico, observando atentamente al enfermo que atendía utilizando todas las disponibilidades que la tecnología ofrece a la Medicina, pero sin olvidar, como hacen demasiados médicos, la relación personal, de confianza acompañada de conciencia, observando atentamente al enfermo. Espinós con la anamnesis, la inspección, la palpación, la percusión y la auscultación; con ellos obtenía el Doctor Espinós más datos de sus enfermos que los que sólo fiaban sus juicios clínicos a los informes de técnicos, que desde luego no desdeñaba.

No he de desgranar y analizar la multitud de sus trabajos y publicaciones, más de 400, las cuales, lo reconozco, han sido una rica cantera, en la que he recogido valioso material para mis trabajos y conferencias. Su tesis leída en Madrid en 1963 bajo el título «La deficiencia de la vitamina B12 y del ácido fólico en la clínica: su diagnóstico por dosificación *in vivo*», recibió el premio extraordinario. Espigo entre sus numerosos estudios, los publicados con el profesor Álvarez Sala sobre el 2,3- difosfoglicerato que modifica la afi-

nidad de la hemoglobina para el oxígeno respuesta en la hipoxia o los efectuados sobre la apnea obstructiva del sueño. Muy importante ha sido la investigación epidemiológica como la que efectuó con la Profesora Ana Villegas sobre las talasemias, y el trabajo con el Doctor Horacio Rico, sobre la masa ósea de los españoles. De gran interés han sido sus estudios sobre la coagulación intravascular diseminada en unión con la Doctora Amalia Escrivá o con el Doctor Elpidio Calvo, hijo del Profesor Felipe Calvo, distinguido Académico de esta casa. La osteoporosis ha sido también un campo en donde trabajó intensamente el Profesor Espinós; recordemos su colaboración en la monografía de la Doctora Cascales de esta casa y el descubrimiento de gran trascendencia clínica de que a las cuatro horas de la toma de calcitonina debe administrarse calcio para suprimir el bache hipocalcémico que la calcitonina produce. Un tema sobre el que estaba especialmente interesado era la inflamación de la que se ocupó en el magistral discurso en la apertura del Curso Académico de 1999, en interesantes trabajos publicados con los profesores Calvo y López Buenadicha que culminaron con el capítulo dedicado a las bases farmacológicas de la inflamación de la Monografía XV, dirigida por los Profesores Avendaño y Tamargo. Magníficos sus trabajos sobre la célula endotelial que en manos de Espinós dejó de ser una membrana limitante entre la sangre y la pared vascular a tener una importancia central en la fisiología y en la patología, especialmente en la de la hipertensión. Del conjunto de trabajos del equipo del Profesor Espinós salieron 53 tesis doctorales dirigidas personalmente por el profesor Espinós y otras muchas por sus colaboradores. Domingo tuvo la suerte de contar para la redacción de sus publicaciones de la colaboración de Margarita, su mano derecha, en la redacción de sus trabajos.

Ante el despliegue de su vasta obra nos podemos preguntar por qué razón eligió Espinós estos temas aparentemente tan dispersos; razones de oportunidad, de azar; no lo sé, pero me gusta pensar que una motivación importante debió ser que en todos ellos late su vocación de atender a la persona, recordemos nuevamente a la inflamación, la célula endotelial, la hematología, especialidad médica de la que fue, como señaló el profesor Díaz Rubio en una nota necrológica, publicada en *Diario Médico* «alma de internista, hematólogo de referencia», es decir, los temas que más relación tienen con la unidad irrepitible

del ser humano en la importante situación vital de la enfermedad. El sujeto de los trabajos de investigación de Espinós ha sido el enfermo, ese prójimo que se ha hecho doliente y que forma parte de la realidad y por consiguiente de la verdad. El Profesor Espinós amaba al Hospital Clínico de San Carlos del que fue Director y esclavo; gracias al entusiasmo del Profesor Espinós se crearon en él los Servicios de Patología Ósea y de Patología Respiratoria y sobre todo, el de Hematología, que aumentaron el prestigio de dicho Hospital. Debo resaltar que la nueva hemoglobina, causante de talasemia, descubierta por el equipo del Doctor Espinós, especialmente por la Profesora Villegas, tiene el nombre «Hb Clínico-Madrid».

Espinós docente

El Profesor Espinós era un docente vocacional. Por su preparación pudo haber dedicado sus cualidades a otras muy diversas actividades. Tenía ganadas nueve oposiciones, pero su vocación docente le llevaba a la Universidad, para lo cual se preparó a fondo en el pregrado y posteriormente en los puestos de Médico Interno y de Profesor Adjunto de Patología y Clínica Médicas ganados por oposición, formándose al lado de su maestro, el profesor Vicente Gil Sanz, a quien profesaba una ejemplar devoción, y con los profesores Gough de Cardiff Girdwood y Stanley Davidson y Ronald Girwood de Edimburgo, de Stuart Douglas de Glasgow, Jean Bernard y George Mathé de París y con el profesor Dacie de Londres, es decir, con las autoridades científicas más importantes de la época. Catedrático, muy joven en 1971, de la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela y a partir de 1975 de la Complutense de Madrid, ocupando tras memorables oposiciones, la Cátedra que había ocupado el profesor Jiménez Díaz, dos señeras instituciones de la Universidad Española, pues aún cuando tenían sus sedes en diferentes ciudades, su caudal humano era común, sus profesores tenían la misma procedencia, los mismos modos de formación y de promoción y sobre todo su contribución a la sociedad era universal como corresponde a la Universidad que se honra en ser universal; nada más que comentar. Cada clase del Profesor Espinós era una conferencia en la que destacaba lo que enseñaba y cómo lo enseñaba, pues la docencia se justifica por lo que aprenden los alumnos y por el entusiasmo que el maestro

les ha suscitado, pues con Goethe, «el hombre aprende sólo aquello que ama», y por eso Espinós hacía partícipes a sus discípulos de la verdad que él exponía con claridad y convicción, apoyado en la voluntad de su espíritu. El Profesor Espinós era sencillo, asequible, dialogante, como suelen ser los hombres de ciencia, lo que atestiguan sus alumnos que en varias ocasiones le nombraron padrino de sus respectivas promociones. Era una delicia escucharle viendo cómo desplegaba su concepto del tema explicado, liberándolo, limpiándolo de la maraña de datos que impedían ver el árbol. En la Universidad compostelana intentamos coordinar las temas de Patología Médica con los de Medicina Preventiva, explicando para cada problema de salud los aspectos clínico y preventivo, con mediano resultado por la asimetría que el contenido docente de cada tema presentaba en nuestras disciplinas. La docencia también se puede ejercer con los que no se establecieron, por diversas razones, una relación personal. En esta tarea también Espinós ha cumplido como bueno y así disponemos hoy del monumental «Tratado de Medicina Interna» que editó con su gran amigo el profesor Manuel Díaz Rubio al que añadiré la serie de las «Clínicas Médicas de España».

La máxima docencia es la que se ejerce sobre los discípulos siguiendo el juramento hipocrático: «enseñaré a mis hijos, a los de mis maestros y a los que se me unan en virtud de juramento». Son discípulos, los que así se llaman, los que en realidad nos hacen maestros, los que captan además de conocimientos, actitudes y conductas, pero el maestro Espinós no sólo enseñaba a sus discípulos, los respetaba y quería y aprendía de ellos. Los discípulos del Profesor Espinós son muchos y todos ellos de una gran categoría científica y personal; he sido confidente del cuidado y cariño que Espinós puso en cada uno de ellos; muchos de los cuales han alcanzado la dignidad de catedrático y con la preocupación de olvidar a algunos, debo señalar a José Luis Álvarez-Sala Walter, Carlos Lozano Tonkín, Ana Villegas Martínez, Horacio Rico Lenza, Jesús Millán Núñez-Cortes, y otros que lo serán o que al menos lo merecen como el citado Profesor Elpidio Calvo Manuel, Joaquín Díaz Mediavilla, hijo de un querido amigo, Escribá, Aboín, etc., sin olvidar a los que vocacionó Espinós durante su docencia en Santiago de Compostela, los Doctores Zúñiga y Torre Carballada. Por todo ello no puede sorprender el éxito que tuvo el homenaje que le dedicamos en el Casino de Madrid.

Epílogo

He dicho que el hombre de ciencia busca la verdad. La verdad de Domingo ha sido pasar haciendo el bien y en ello estribaba su felicidad. Domingo ha sido un hombre feliz. Los sanitarios empleamos marcadores para cuantificar fenómenos no accesibles directamente; si utilizamos como un marcador del bien, que cada hombre ha hecho, los amigos que tiene, el número de los que lo han sido de Espinós son legión; revisemos por ejemplo: ¿Quién en esta casa no era amigo del Doctor Espinós? Todos nosotros, académicos y no académicos. Una parte de sus amigos abarrotó el Casino de Madrid en no muy lejano homenaje a su figura, y una multitud colmó el enorme recinto de la Catedral de la Almudena con ocasión de su funeral, pero seguro que fueron aún muchos más los que rezaron por él.

He perdido, hemos perdido todos, a un amigo, a un compañero de quien aprendíamos y en quien nos apoyábamos, un hombre que formó una familia en la que depositó su cariño, un hombre que buscaba para sacar del fondo la verdad y la esperanza, un hombre quien constantemente tejía con delicadeza el cañamazo de la fraternidad; un hombre que era médico y más meritoriamente y raro que ejercía como tal; quien a su ciencia unía caridad: quien a Dios adoraba y a quien Dios quería y quiere. Un hombre indivisible, el Profesor Espinós Pérez, para quien la muerte era el umbral de la vida eterna; cruzó la puerta tras la cual se escondía todo lo que él buscaba.

Por último expreso en nombre de la Real Academia y en el mío propio, nuestro emocionado recuerdo y el más hondo pesar por la temporal ausencia de tan ilustre Académico, que tanto hizo por el prestigio de esta Institución especialmente ante su mujer, María Teresa, a sus hijos Domingo, María, Teresa, Miguel, Juan y Jaime, a sus nietos y, permitidme que destaque a sus gemelitas, a sus hermanos, a toda su gran y magnífica familia, así como a sus compañeros, discípulos y amigos. La medalla número 13 que ostentaba el Profesor Espinós está cargada ahora con el afecto y la gratitud de todos nosotros. ¡Que Dios nos guarde, Domingo contigo!

He dicho.

Espinós Académico

ANA M.^a PASCUAL-LEONE PASCUAL

Académica de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

En primer lugar, quiero agradecer al Excmo. Señor Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia y a la Junta de Gobierno el haberme invitado a intervenir en esta Sesión Necrológica dedicada al Doctor Espinós. Para mí es un honor poder hablar del Profesor Espinós como Académico, a la vez que siento una gran tristeza por su ausencia. Creo muy sinceramente que todos los Académicos hemos perdido a alguien muy valioso como acaban de escuchar en las intervenciones precedentes.

Yo conocí al Doctor Espinós precisamente como Académico, cuando entré el 7 de noviembre de 1996 como Correspondiente y comencé a colaborar con la Academia. Sus intervenciones en las sesiones eran modélicas siempre, coherentes, inteligentes y amables. Al poco tiempo, yo había descubierto una personalidad muy valiosa y alguien de referencia en la Academia. Cuando presenté mi candidatura para Académico de Número fue, quizá, la primera vez que hablé con él directamente. Me habló enseguida de mis hermanos, que habían sido compañeros suyos en la Facultad de Medicina de Valencia, de su origen valenciano y me sentí cómoda, porque él aclaraba las situaciones e irradiaba sinceridad y cordialidad.

Sus intervenciones en la Academia eran siempre oportunas, desde su posición clínica y desde el punto de vista estrictamente fisiológico, hablaba para aclarar puntos, para enriquecer, para dialogar, en ese sentido era un verdadero académico que aporta riqueza intelectual, lo cual creo que es el aporte más valioso para esta Institu-

ción. Además, lo hacía con generosidad, sin miras personales y con mucha inteligencia. El Instituto de España tuvo un gran acierto al nombrarle Vicepresidente 2.º, y lo mismo la Real Academia de Medicina, haciéndole Vicepresidente el año 2002.

Sin embargo, yo nunca tuve tiempo de indagar cómo se había gestado una tan rica personalidad, y es ahora en la preparación de esta intervención, por la amabilidad de la Doctora Francés al permitirme el acceso a su curriculum y a su discurso de entrada a esta Academia, cuando he comprendido en profundidad que el Doctor Espinós fue coherente en su formación desde el principio. Ahora comprendo por qué uno se sentía siempre ante un médico cuando hablaba con él y comprendido en profundidad cuando exponía temas científicos básicos de biomedicina que redundaban en determinadas patologías, aunque no fueran intereses específicos del Doctor Espinós. Yo conozco bien el ambiente médico, soy de una familia de sanitarios a partes iguales entre médicos y farmacéuticos, o quizá con más porción médica y, sobre todo, he desarrollado toda mi carrera como investigador en el área de biomedicina, además procedo de Valencia. Todo ello hizo que desde un principio, y en poco tiempo, hubiera un puente de comprensión científica entre nosotros. El Profesor Espinós era hijo del Doctor Espinós Gisbert, Médico de Sanidad y Anatomopatólogo, nieto de médico, y también su mujer, M.^a Teresa, es médico, como señala, en primer lugar, el Doctor Espinós en su curriculum, y ese ambiente, como su procedencia levantina, a floraban siempre en él. Como saben, nació en Alcoy el día de Navidad de 1932. Todos los Profesores de la Facultad de Medicina de Valencia, a quienes nombra en sus entrevistas y curriculum, fueron conocidos por mí, ya que hice la Tesis Doctoral en dicha Facultad a finales de los años cincuenta, coincidiendo con los tiempos finales de su carrera, aunque nunca nos conocimos allí. Conozco, pues, el medio, la época y la pobre infraestructura de la Facultad en aquellos tiempos en los cuales comenzó su formación. Por ello, yo quisiera hoy destacar ante ustedes y mostrarles, de alguna manera, cómo se gestó y cómo llegó él a lograr la formación de la personalidad valiosa que les acaban de exponer y que le han hecho ser tan apreciado, creo que unánimemente por todos nosotros, como gran Académico de esta Institución.

La lectura de su curriculum, redactado en primera persona, y con comentarios propios, es un diálogo con él y es una manifestación

viva de su personalidad. El Doctor Espinós nos cuenta su vida profesional con exactitud, sin jactancia, con rigurosidad y, sobre todo, con enorme sinceridad. Es un recorrido por su vida profesional lleno de agradecimientos por doquier; a los profesores nacionales que le formaron en la Facultad de Valencia o a sus maestros internacionales y a todas las gentes y discípulos que le ayudaron. Entre su curriculum con comentarios y sus entrevistas en periódicos, con motivo de sus últimos nombramientos, podemos saber lo que pensaba de cuestiones acerca de la formación médica e incluso de cuestiones sociales, por tanto podemos tratar ahora de dialogar con él, de comunicarles a ustedes lo que dijo y pensaba.

En su curriculum relata una vida de enorme trabajo personal desde sus comienzos. En una entrevista a la revista «Medicina», el 23 de julio de 2002, dice Espinós: «*En Medicina hay que estudiar cinco horas diarias desde el primer día de clase y, el fin de semana, sacar 12 horas desde la tarde del viernes*», y él lo hizo, como creo que hay que hacer en la Universidad, en cualquier carrera, para adquirir una verdadera formación, aunque a mucha gente le cueste creerlo, y sobre todo hacerlo.

También nos cuenta cuando llegó a Madrid hacia 1956, en la misma entrevista: «*Hay quien va teledirigido. Yo no, pero me busqué un hueco. Empecé por recorrerme servicios. Entonces había pocos hospitales*». De tal forma lo hizo que esa búsqueda le permitió elegir como maestro y mentor en Madrid al Doctor Don Vicente Gilsanz, después de contactar con Enríquez de Salamanca, Marañón y Jiménez Díaz. El Doctor Espinós nos dice: «*me impactó su faceta clínica. Yo me ponía de oyente en sus sesiones y le escuchaba desde el fondo*».

Por encima de sus oposiciones ganadas: desde alumno interno de anatomía (Valencia) en 1951, hasta en 1975, Catedrático de Patología y Clínica Médica (Complutense, Madrid). O sus Premios: desde el Peregrín Casanova (de Anatomía) por oposición en Valencia en 1951 hasta el «Fellow» del Royal College of Physicians de Edimburgo en 1978. O por encima de sus becas, que le permitieron su formación postdoctoral, lo que destaca en su curriculum, como veremos, es, además de su enorme capacidad de trabajo, su acertado criterio dirigiendo su propia formación, y un sentido práctico que le lleva siempre a aprovechar lo aprendido y aplicarlo. Cuando gana la

plaza de alumno interno de la Cátedra de Histología y Anatomía Patológica, nos dice Espinós: *«Esto me permitió durante los cuatro últimos cursos iniciarme en el examen microscópico de las piezas de autopsias y de las biopsias clínicas, adquiriendo así una amplia experiencia en el conocimiento del sustrato morfológico de las enfermedades, así como en la tecnología del laboratorio histomorfológico»*, y esa sólida formación anatómica le hace afirmar en la entrevista del 2002 en la revista *Medicina*, refiriéndose a su etapa madrileña con el Doctor Gilsanz: *«cuando llegué ya había aprendido mucho de la anatomía patológica, que es la conciencia de la Medicina. Es algo que los médicos más jóvenes no entienden»*. En su etapa de estudiante, esa formación anatómica la compatibiliza con sus funciones de interno del equipo asistencial del Hospital Clínico de Valencia, cátedra del Profesor Miguel Carmena, y en los últimos años de carrera fue Jefe de Prácticas de Histología y Anatomía Patológica, cosa que, dice, le sirvió como inicio en la docencia. Recién acabada la carrera, en 1955, y para completar su formación histopatológica, sigue un curso de Histopatología del Sistema Nervioso con el Profesor Julián Sanz.

En 1956 viene a Madrid y entra con una pequeña beca en urgencias con el Profesor Gilsanz. Dice el Doctor Espinós refiriéndose a Gilsanz: *«bajo cuya dirección y enseñanza se irá desarrollando mi formación clínica, docente, investigadora y humana»*. Su preparación en morfofopatología hicieron que en dicho laboratorio, *«sentara las bases de valoración en la patología y examen microscópico de la biopsia renal»*.

Su primera beca para el extranjero fue por oposición de la Diputación Valenciana, para Cardiff, con el Profesor Gough, sobre *«Estudio funcional de las bronconeumopatías crónicas»*. Lo que, según nos dice el Doctor Espinós, le sirvió en Santiago para impulsar desde su cátedra un Laboratorio de Exploración Funcional Respiratoria.

Posteriormente, desde Madrid, la Fundación Stevenson del British Council le concedió una beca para Edimburgo con los Profesores Stanley Davidson y Ronald H. Girdwood. El Doctor Espinós dice del primero, Davidson, que era un gran internista y un experto en anemias carenciales. Aprendió cateterismos cardiacos, pero vio, nos dice, que había una unidad allí de hematología *«fenomenal»* y eso le interesaba más y, también la hemostasia; para aprenderla compati-

bilizó su estancia en Edimburgo por las mañanas, con viajes a Glasgow por las tardes a aprender hemostasia. Así, nos dice: *«aprendí cateterismo, lo que me permitió estudiar el mecanismo del shock en el infarto de miocardio»*; dicho estudio lo presentó para su entrada en la Real Academia de Medicina de Valencia. Tanto en Edimburgo como en Glasgow se inició en el estudio de enfermedades de la sangre, *«me apasioné por la hematología»*, nos dice.

Por último, en el año 60, con una beca de la Fundación Juan March, estuvo cuatro meses en Edimburgo trabajando con el Profesor Girowood sobre Valoración de vitamina B-12 y ácido fólico, cuyo trabajo constituyó en Madrid su Tesis Doctoral, realizada en el CSIC, en el Instituto de Medicina Experimental que dirigía Enríquez de Salamanca. También en Edimburgo, fue nombrado Clinical Assistant in Cardiology después de haber, por primera vez en Gran Bretaña, puesto a punto la determinación del «Volumen minuto con yodo radioactivo».

De sus estancias en el extranjero y de sus etapas de formación, comenta el Doctor Espinós en una entrevista de 2002: *«Cuando yo veía una cosa en mi trayectoria que me parecía interesante y lo podía hacer, lo hacía. Y si me encontraba con un obstáculo procuraba superarlo»*.

En su etapa de Profesor Adjunto en Madrid profundizó más en la Investigación clínica de enfermedades de la sangre y órganos hematopoyéticos, dice, y creó el Laboratorio Clínico y de Investigación Hematológica en el seno de la cátedra de Gilsanz, que luego se transformó bajo su dirección en el Laboratorio de Hematología del Hospital Clínico, a la vuelta de Santiago. Durante esta época se desplaza a París y trabaja con Jean Bernard para familiarizarse con técnicas de hemoblastosis. Y también durante cuatro meses, en 1969, al Royal Postgraduate de Londres, en el Servicio de Enfermedades de la Sangre, adquiere experiencia, según nos cuenta, en Unidades Abióticas, unidades que posteriormente monta en el Hospital Clínico, del cual fue director desde 1976-78. Todas sus etapas están reflejadas, como ustedes imaginan, con publicaciones sobre los distintos temas estudiados.

De su estancia de catedrático en Santiago, nos enumera y concreta que, habiendo encontrado los laboratorios desmantelados, consi-

guió crear al final una Unidad de Exploración de Enfermedades de la Sangre y un Estudio de Enfermedades Respiratorias, además de un Servicio de Endoscopia, que siguen funcionando en Santiago de Compostela. Y de su etapa de catedrático en Madrid desde 1975, marca dos líneas de investigación: Estudio de las Enfermedades de la Sangre y Órganos Hematopoyéticos, y otra: Estudio de la Patología del Hueso, tan coherentemente relacionada con la primera.

El Profesor Don Manuel Díaz Rubio, a su muerte, publicó un conciso y magnífico artículo cuyo título reza «In memoriam: Alma de internista y hematólogo de referencia. Las metas cumplidas de Domingo Espinós», que, como ven ustedes, después de lo expuesto, no puede ser un título más expresivo, sintético y real de su personalidad profesional. En este artículo resume su labor y las notas y cualidades de su carácter. Entre muchas otras cosas le califica de luchador hasta el final, y desde el principio, podemos añadir, como ustedes han visto.

A pesar de sus muchas ocupaciones clínicas, desde su entrada como Académico de Número en esta Institución, tuvo tiempo para ser, en 1987, Vicepresidente de la Sección 4.^a Higiene y Sanidad, a la que pertenecía, acompañar en su entrada al Doctor Don Julio Rodríguez Villanueva y al Doctor Don Vicente Vilas en 1986, y en 1989 contestar en su entrada como Académico al Doctor Domínguez Carmona, leer el Discurso Inaugural en esta Academia en 1999 y ser en 2003 Miembro del Consejo Editorial de los Anales.

El 17 de octubre de 1985 leyó su discurso de entrada como Académico de Número de esta Corporación titulado: «Importancia del conocimiento de la Carcinogénesis Química en la Prevención del Cáncer», aunque por razones de tiempo no podamos entrar a fondo en su contenido, les diré que resalta los factores ambientales, por encima, quizá, de los genéticos, en la etiología cancerosa, y es, como cabía esperar, una rigurosa y completa exposición sobre el tema. Por sus muchas ocupaciones, tuvo que pedir, para prepararlo, un año de prórroga. Ocupó la medalla número 13 que había cubierto Don Francisco Bellot Rodríguez, Catedrático de Fitografía de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Complutense; firmaron su propuesta los Profesores García de Jalón, Don Antonio Doadrio y el Profesor Calvo, y contestó a su discurso el Doctor Don Alfredo Carrato Ibáñez.

Antes de terminar quisiera leer unas palabras dedicadas a su mujer y a sus seis hijos, que una vez más transcribo, porque muestran, además, su pensamiento en aspectos sociales, los cuales no ha dado tiempo de glosar en esta intervención. Preguntado si su mujer M.^a Teresa, médico que él conoció en el laboratorio del Doctor Gil-sanz, dejó de trabajar al tener hijos contesta: *«Dejo de hacerlo cuando tuvo a nuestros hijos, y creo que eso la frustró, pero cuando ya estaban criados se hizo especialista de medicina del trabajo y ahora ejerce como tal. Lo decidió ella y yo actué como el típico varón, porque creo que es fundamental que en los primeros años de vida del niño la madre esté en casa. Y creo que el Gobierno debería dar a las mujeres un sueldo por ello»*. M.^a Teresa, personalmente, creo que hiciste una gran elección y que con tus hijos podéis estar muy orgullosos de él, que seguro ha alcanzado la Gloria de los Bienaventurados, y aquí tenéis todos una Academia agradecida a la presencia de Don Domingo Espinós en ella.

Y ahora, para finalizar, quisiera leer un párrafo que muestra otra faceta de su personalidad: la elegancia, y, además, su sentimiento hacia esta Academia, corresponde a los agradecimientos en su discurso de entrada:

«He hablado de agradecimientos, pero también de satisfacción, porque me satisface y engrandece formar parte de la Real Academia de Farmacia y poder sentarme entre ilustres Científicos. Satisfacción también porque para un Médico Internista es muy importante integrarse en ella. Desde el campo de la Medicina, y más concretamente de la Medicina Interna, se ve a la Ciencia Farmacéutica como la base de la culminación del acto médico, es decir, como la base científica del tratamiento. Sin éste, aquél —el acto médico— no tendría sentido ni razón de ser, porque la empresa común entre un hombre que sufre y busca ayuda —el enfermo— y otro hombre que está preparado y dispuesto a dárselo —el médico— termina siempre en el tratamiento. Esto es lo que da sentido al acto médico. Por esto siento una particular satisfacción como internista por entrar como Miembro Activo en esta Real Academia de Farmacia».

He dicho.

Necrológica del Excmo. Señor Don Domingo Espinós Pérez

MARÍA DEL CARMEN FRANCÉS CAUSAPÉ

Académica de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia

Mi intervención se une a las manifestaciones de dolor que ha supuesto la pérdida de nuestro amigo y compañero, el Excmo. Señor Don Domingo Espinós Pérez, y que emocionadamente se expusieron en la sesión necrológica que tuvo lugar en la Real Academia Nacional de Medicina el 1 de febrero de este año y en la sesión que hoy se ha realizado en nuestra Corporación.

El Doctor Espinós era el prototipo de bondad, generosidad y caballerosidad, no exento de un fino humor con el que contemplaba las acciones humanas y, con su espíritu de moderación, opinaba sobre ellas.

Los Académicos de nuestra Corporación disfrutamos de su saber para nuestro bienestar, pues no sólo nos visitaba cuando estábamos enfermos, sino que intercambiaba opiniones con los médicos que nos trataban y que le veneraban, pues casi todos ellos habían sido alumnos suyos. Además nos daba consejos personales para mejorar nuestras condiciones físicas, consejos a los que él, con la humildad que le caracterizaba, no daba importancia, pues afirmaba que eran «remedios caseros»; pero lo cierto es que con ellos nos infundía ánimos para vencer la enfermedad y la situación en que nuestra salud se hallaba comprometida. Se puede decir que el Doctor Espinós era «el médico de los Académicos de la Real Academia Nacional de Farmacia».

Nunca podré olvidar cómo se ocupó de mí tras ser operada de apendicitis el 24 de diciembre del año 2001, ni su apacible sonrisa, ni su trato sencillo, dulce, elegante y exquisito, modelo de cortesía académica. Por todo ello, quedará siempre en mi memoria el recuerdo grato y afectuoso del Doctor Domingo Espinós. Gracias, Domingo, por tu «excelencia» y tu bondad. Para ti María Teresa y para todos sus deudos, mi sentimiento por su pérdida en la confianza de que se encontrará en la paz del Señor.

Muchas gracias.

Domingo Espinós, un hombre entregado a los demás

EXCMA. SEÑORA DOÑA MARÍA TERESA JIMÉNEZ SIERRA
Viuda de Don Domingo Espinós

Excmo. Señor Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia, Excmo. Señor Presidente del Instituto de España, Excmo. Señor Presidente de la Real Academia de Ciencias, Excmo. Señor Secretario de la Real Academia Nacional de Medicina, Excmos. Señores Presidentes Honorarios de las Reales Academias Nacionales de Farmacia y de Medicina, Don Ángel Santos y Don Hipólito Durán, Excma. Señora Secretaria de la Real Academia de Farmacia, Excmos. Señoras y Señores Académicos, queridos amigos:

Quisiera en primer lugar, dar las gracias a la Real Academia de Farmacia, por organizar este acto en recuerdo a Domingo, en un lugar donde él tanto disfrutó con la presencia y las actuaciones de sus compañeros académicos. Fue la academia de Farmacia, la primera a la que perteneció Domingo, puedo asegurar que le hizo una gran ilusión y siempre se sintió muy orgulloso de pertenecer a ella. Últimamente me repetía muchas veces: «estos académicos de Farmacia son muy activos y tienen una gran inquietud científica». Y lo decía con mucha satisfacción. Doy también las gracias a los señores Académicos que han intervenido en este acto, por lo bien que han reflejado la figura de Domingo y sobre todo por el cariño con que lo han hecho. Gracias también al Excmo. Señor Presidente de la Real Academia de Farmacia por permitirme intervenir en este acto y gracias, finalmente, a todos los que estáis aquí por vuestra presencia. Quiero mucho a Domingo y no me quedaba tranquila sin apor-

tar mi granito de arena a su recuerdo, después de haber estado más de cuarenta años junto a él. Pido perdón a todos por este atrevimiento, pero prometo que seré breve.

Domingo, a mi parecer, fue un hombre fundamentalmente bueno, aunque tenía otras muchas cualidades que le habían sido dadas y que él se encargó de mejorar a lo largo del tiempo, porque tenía un gran afán de superación y espíritu de sacrificio. Fue también un hombre independiente, porque quiso serlo, y las decisiones que tuvo que tomar en su vida, a veces difíciles, las tomó basándose en el conocimiento que tenía de los asuntos a tratar y en sus principios morales, que eran muy sólidos y muy auténticos. Lo hizo siempre con gran honestidad. Comentaba a veces que el ser independiente era muy caro, pero nunca le importó.

Fue un gran profesional, tenía una vocación muy clara y se entregó a ella con todas sus fuerzas.

Fue un gran médico, sabía mucha medicina porque dedicaba mucho tiempo a su estudio y sabía aplicar sus conocimientos, pero sobre todo consideraba a los enfermos como algo muy suyo y cuando un caso era grave o complicado, lo tenía siempre en su pensamiento. Le he visto con las maletas cargadas en el coche renunciar a sus vacaciones, porque alguien pedía su ayuda en ese momento y lo hacía con toda naturalidad y sin darle importancia.

Como profesor tenía una gran capacidad de síntesis, era muy brillante exponiendo y sus alumnos le entendían muy bien. Era muy asequible y se preocupaba mucho por que aprendieran. Cuando los exámenes no eran correctos, les llamaba uno a uno para hablar con ellos y corregir sus fallos. Les enseñaba también un estilo de ser médicos y ser personas, que no se aprende en los libros. Sus alumnos le querían mucho y eso se plasmaba en que casi todas las promociones que pasaron por sus manos, le nombraban padrino y sus alumnos de Santiago, no sólo le nombraron padrino de promoción sino también padrino de sus bodas de plata, a los veinticinco años de haber dejado Galicia.

Fue un gran universitario, defendió la Universidad contra viento y marea en momentos difíciles, acarreándole a veces grandes disgustos, pero quería a la Universidad y lo consideraba su deber.

En familia, Domingo tenía un carácter maravilloso, era muy estable, no se enfadaba nunca, ya que tenía la virtud de saber callar y también tenía un gran sentido del humor. Era muy ocurrente y muy rápido en sus reacciones mentales, por eso cuando en casa surgía algún problema y él intervenía, el problema perdía importancia y todos sonreíamos.

Fue un hombre de paz, de concordia y de entrega a todos los que le pedían ayuda, fuera cual fuera su condición, ya que tenía un alto concepto de la dignidad humana.

Nosotros, toda su familia, nos sentimos muy contentos por haberle tenido a nuestro lado y damos muchas gracias a Dios por el don inmenso de su presencia, aunque nos haya parecido corta.

Era un hombre de fe, pero nada carca, creía en Dios y confiaba absolutamente en Él, por eso, creo yo, estaba siempre tranquilo y sereno ante cualquier situación adversa, por dura que fuera.

Voy a atreverme a pedir a todos los que queréis a Domingo, que le recordéis, porque creo que el mejor homenaje que se puede hacer a las personas que se nos han ido, es recordarles, pero recordarle con alegría, ya que para los que somos creyentes, él está en su lugar definitivo, que es infinitamente mejor que el nuestro, y ha alcanzado ya la plenitud hacia la que nos encaminamos todos. Para los que no seáis creyentes, también es un motivo de alegría pensar que Domingo, caminó por la vida con gran dignidad y fue un buen testigo de los principios en los que creyó y de las instituciones a las que perteneció (familia, universidad, academias), sobre todo en una época, en que los valores fundamentales están en baja.

Acabo con una frase que me gustó mucho cuando la leí por primera vez, y que últimamente me repito a mí misma muchas veces, dice así: «si lloramos porque se ha puesto el sol, las lágrimas no nos dejarán ver las estrellas». Creo que todos necesitamos poder ver las estrellas, para seguir nuestro camino con ilusión y con esperanza.

Muchas gracias a todos.